

NOTICIAS HISTORICAS SOBRE LOS ESTRIBOS DE MADERA CHILENOS

Por FEDERICO OBERTI

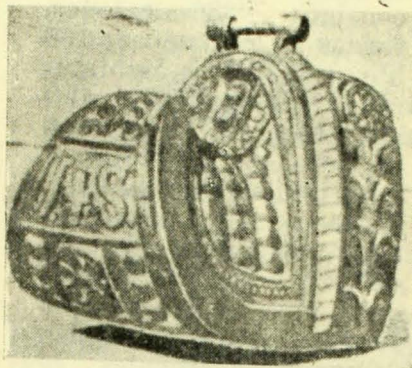
En un breve estudio anterior, publicado en el N° 2209 de la revista "Mundo Argentino", demostramos las preferencias que los acomodados jinetes argentinos de todo el siglo pasado tuvieron por los estribos de plata.

Aunque no los ignorábamos, por comprensibles razones de orden geográfico y espacio, omitimos referencias a unos extraños estribos de madera.

Hoy, con abundancia de material gráfico y acotando el interesante libro "El Huaso" (1) de nuestro distinguido amigo Tomás Lago, inteligente director del Museo de Arte Popular de la Universidad de Chile, precisaremos diversos antecedentes, reservados hasta ahora a la escasa y dispersa bibliografía del citado país hermano.

El estribo en cuestión, explica en su ensayo de antropología social, se debe al ámbito geográfico, cuyo país es un solo y continuado valle entre dos cordones de montañas, que recoge y propaga como un surco todo lo que cae en él.

Sin duda, esta particularidad geográfica, el modo de montar de los "huasos" y una extraña y poderosa influencia cultural, contribuyeron a modificar grandemente, con respecto a nosotros, el



Estribo de madera, con abrazadera de hierro y las iniciales de la Compañía de Jesús, indudable prueba de su talla y antigüedad.

mapa folklórico del caballista chileno.

Refiriéndose a las condiciones geográficas chilenas, al cabalgar por tales impertinentes ríos —escribe el conocido viajero y cronista Concolorcorvo, en 1775— se enfadan los pasajeros de levantar a cada instante los pies, teniendo por menos molestia mojarse, como nos sucedió a todos menos al visitador, que, además de las fuertes botas inglesas, tenía unos estribos hechos en Asturias de madera fuerte y con una faja de hierro, en que afianzaba sus pies hasta el talón y se preservaba de toda humedad.

Ciertamente, el argumento de Concolorcorvo es de tenerse en cuenta,

más todo él no sería suficiente para mantener su tradicional uso, como veremos de inmediato.

Estas piezas, talladas en la actualidad en algunos pueblos de las provincias de Santiago, O'Higgins, Colchagua, Curicó, Chillán y otras, a mediados del siglo XVIII fueron por primera vez descritas por el historiador Vidaurre, quien dijo de ellas: "Los estribos que son de madera de quillay, porque no se raja y es durísima, son cerrados por delante con diversas flores excavadas en el leño, largas más del palmo y medio y muy altas. La otra cara para poner el pie la tienen socavada en forma triangular, pero de tan poco fondo que apenas llegará a una pulgada".

Otro autor digno de fe, Frezier, (2) escribía en 1713: "Sus estribos son suecos de madera, cuadrados, e iguales tienen los españoles de plata, que usan en las paradas, los que valen de cuatrocientos a quinientos escudos".

En la verificación de antecedentes, debe tenerse en cuenta la primitiva presencia de los estribos llamados "peruleros", de vegetal conformación rectangular, de mayor tamaño que los chilenos, menos profunda la talla decora-

tiva y más suntuosos, por cuanto en sus esquinas han sido sobrepuestas chapas o punteras de plata, cinceladas al estilo de la época.

Las piezas "peruleras" (peruanas) respondieron a las demandas de un jinete ciudadano que empleó en su cabalgadura los arreos más suntuosos de su movilidad, condicionando las prendas de su silla a su rango social u holgada situación económica, sin que en ningún caso pueda sospecharse entregado por entero a las faenas de la ganadería o del agro.

La introducción del estribo de madera asturiano sólo encontró en Chile el campo propicio a su inmediata expansión, mas no fueron los artesanos hispanos quienes propendieron a su crédito y embellecimiento, dada la probada y manifiesta incompetencia de estos artesanos para ejecutar piezas de cierto vuelo artístico.

Fué un grupo de religiosos jesuitas alemanes llevados al país por el ilustre sacerdote padre Hymhausen, arribados en 1748, quienes habrían de prestigiar esta artesanía del estribo de madera chileno.

No era el simple e improvisado trasplante de hombres aptos para desempeñarse en diversas actividades, no, eran artesanos en el ejercicio de sus bien aprendidas artesanías.

Al tratar la participación espiritual que cupo a los jesuitas alemanes en la conquista de Hispanoamérica, el historiador Vicente D. Sierra nos suministra la procedencia, nombres y oficios de cada

uno de los artesanos llegados a Chile, diciendo:

"Vinieron entre ellos: pintores, escultores, plateros, orfebres, relojeros, agrimensores, herreros, albañiles, canteros, ebanistas, carpinteros, fundidores, retableros, bataneros y otros".

Dispuestos a trabajar intensamente, los artesanos alemanes, cosa nunca vista en Chile, trajeron consigo: "386 cajones, fardos y volúmenes; 160 libras de fierro; 5 quintales de acero; 100 barriles pequeños; 40 cajas con las cosas de los sujetos" (3). Estos expertos artesanos, de inmediato captaron las particulares modalidades de los arreos del "huaso" y a la vez que subvenían a sus propias demandas terrenales, se entregaron con entusiasmo a la elaboración y empleo de estribos, los que no tardarían, por sinonimia, en denominarse "frayleros".

En su hacienda y talleres de Calera de Tango, vasta e importante organización religiosa e industrial, todas las artes y artesanías de la época se ejecutaban con mano maestra.



Este estribo femenino en forma de babucha, que forma parte de la colección del Museo de Arte Popular, es una variante del precedente.

Como la producción excedía las necesidades de la comunidad, se expendía: cal, cueros, harina, pan, medicamentos, bayetas, relojes, joyas de oro y plata, muebles de estilo, velas, ollas de barro cocido, platos de peltre, espuelas, estribos, pello-nes, etc.

No es difícil advertir la lógica e inmediata ascendencia que sus artesanías cobraron en Chile, si anotamos que las casas de la Compañía de Jesús, en número de cinco a ocho, se hallaban instaladas en perfecta organización en: Santiago, Melipilla, Quillota, Valparaíso, Aconcagua, Colchagua, Talca, La Serena, Maule, Chillán, Concepción, Rere y en Arauco, todas ellas prósperas regiones chilenas en 1767.

Sin dejar de ser un estribo esencialmente popular en Chile, en la artesanil factura de estas piezas puede advertirse un exacto conocimiento de la talla, selección de las maderas más adecuadas y regular distribución de los motivos que se incorporan a su ornamentación.

La abrazadera o pieza que toma el estribo propiamente dicho, para ser a su vez tomado por la estribera de suela, es frecuentemente de hierro fundido, ostentando en sus planos más visibles graciosas volutas caladas o incrustaciones de finos hilos de plata, cuyos motivos rivalizan en semejanza con la decoración de las espuelas de señalado origen mozárabe, cuyas grandes rodajas parecen pequeños astros.

Tanto éstos como las espuelas son obra de especializados artesanos, celosos continuadores de

aquellos artífices que llevó a Chile el padre Hymhausen, tan hábiles en la decoración de plata, incisa sobre las barandas de hierro de una espuela, como en la confección de una exacta pieza de relojería.

De estos estribos de madera, en su viaje a Chile, refiere lo siguiente Peter Schmidtmeier (4):

“Los grandes estribos de madera con un pequeño hoyo para recibir el extremo del pie, son peculiares en este país, donde antiguamente, cuando estaba más cubierto que ahora con pequeños árboles y sin los senderos de ganados que conducen a través de sus valles a los campos de pastoreo, esos estribos deben haber sido muy necesarios para salvar a los pies de las heridas. Son igualmente útiles para andar a caballo por los anchos valles de las tierras bajas, ya que mantienen bajos a los sauces. Los de la clase pudiente tienen la misma forma que los nuestros; pero son mucho más chicos”.

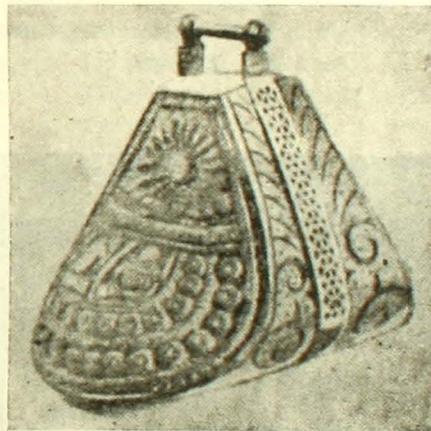
Nuestro Sarmiento, no pudiendo con su genio, en un artículo periodístico que firma con el seudónimo de Pinganilla, refiriéndose, humorísticamente a los “avíos y monturas” del “huaso”, escribe en “El Mercurio”, en 1841: “Participan del carácter de esa naturaleza estupenda; estupendas espuelas, estupendos estribos, estupenda pila de cueros y sobre este estupendo aparejo, un estupendo campesino”. Y agrega: “...y sus corvos estribos cual peanas de santo, o bien cual ruedas de un vapor, le dan cierta gravedad aristocrática

que le sienta a las mil maravillas”.

La mano de obra alemana probaría de modo material e incuestionablemente, el evidente estilo barroco, cuyas variaciones, según Eugenio D’Ors, podrían tomarse como “sive jesuiticus”.

Por esta recargada decoración, se ocupa de censurarlos el historiador chileno Barros Arana, de quien dice:

“Los artífices alemanes, sea por la incorporación del gusto, sea por amoldarse a las ideas de la sociedad en que vivían, no adoptan en sus trabajos aquella grandiosa y correcta sencillez que admiramos en muchas de



Consistente y modernísimo estribo de capacho, cuya abrazadera es de hierro calado con incrustaciones de plata, labor de indudable adaptación mozárabe. Procedencia, San Ignacio, Chillán.

sus notables construcciones de carácter religioso. Parecían preferir el recargado adorno, la acumulación de detalles, que, sin duda, impresionaba a la gente de la colonia mucho más que las producciones de un arte verdadero”.

Aparte de imitar a la naturaleza vegetal, los ta-

llistas jesuítas, harto diestros en la ejecución de altares y retablos, recurrieron en la decoración de sus estribos al empleo de pequeñas flores, conos truncados, volutas, rosetas, botones, estolas griegas, así como a la representación tallada de las propias iniciales de la orden.

En la ejecución de los mismos, solían emplearse los más actuales sistemas industriales de producción echándose mano de la colaboración de los ingenieros, retableros, tallistas, carpinteros, fundidores, escultores y herreros.

En todas estas especializaciones, en la Calera de Tango y en las otras haciendas de la orden jesuítica, existían innumerables maestros, sobrada capacidad y elementos adecuados para su acabada terminación.

La supervivencia de estos tipos de estribos de madera, mantenida y acentuada a través de dos centurias, no quiere decir que en Chile no se hayan fabricado y usado suntuosas piezas de plata y otros de hierro, semejantes a los que en la primera era de la conquista introdujeron los españoles.

El jinete chileno prefirió la “suntuosidad” barroca de la artesanía en madera de quillay, cómodo al pie de su apretada bota, vistosos y grandes como las rodajas de sus espuelas; a la pesada orfebrería de la plata, menos indicada para los largos viajes y las rudezas propias de las faenas ganaderas.

Como suele ocurrir en éstos y otros casos, la boga y frecuencia de su

uso forma escuela y aunque la pieza ofrezca o no ventajas, muy pocos son los que desechan lo establecido, la norma, con el propósito de incorporarles más comodidad o simplemente, con el ánimo de innovar.

Esto ha ocurrido con sus nombres más populares, amén de su aceptada y generalizada denominación de estribo chileno, se lo distingue como estribo de "zapato", "babucha", "z u e c o", "fraylero", "trompa de chanco", "perro ñato", "capacho" y "baúl".

La tradición de su empleo y conveniencia de su

uso ha arribado hasta nuestras provincias andinas y así es que los hemos visto en crecida proporción en Mendoza, San Juan, y en Córdoba y San Luis, en nuestra reciente gira por tales zonas rurales del país.

Esta de los estribos chilenos es una más de las muchas características propias de los pueblos de América, liberados del pretendido tutelaje foráneo, en cuya consolidación definitiva no son menos importantes y dignas de tenerse en cuenta estas aparentemente simples manifestaciones del folklore.

(1) Huaso: del latín *gavisus*, *gaudium*, gozoso, gozo, pasando por el provenzal con las formas de *gauzy*, gozo, *jauzir* gozar, viniendo a dar *gauso*, francés, *huasa*, español; *gaucho*, argentino, y el *huaso*, guaso, chileno. "Glosario etimológico" por el padre Armengol Valenzuela, pág. 341, tomo 1º.

(2) Relación del viaje por el mar del sur a las costas de Chile y Perú, durante los años 1712, 1713 y 1714, por M. Frozier, ingeniero ordinario del Rey de Francia.

(3) Biblioteca Nacional de Chile. MSS. Audiencia Real, t. 752, págs. 115-117.

(4) Viaje a Chile a través de los Andes, realizado en los años 1820/21, por Peter Schmidt-meyer. Editorial Claridad, pág. 313.

(Reproducción de un artículo publicado en la Revista Raza Criolla N° 40, Diciembre de 1955, B. B. S. S.)



El H. Diputado señor Fernando Hurtado en compañía de los señores Sergio Parada y Raúl Rey, ganadores del Champion en el Rodeo de San Clemente año 1955, y "El Temblor".